plazado todo. ¡Oh! La ingrata y egoísta que acusaba á su padre de olvidarla ya, y que no pensaba, hacía mucho tiempo, más que en aquel extraño, por quien renunciaba al mundo, á la familia, á la vida, á todo, sostenida solamente por la vaga esperanza de volver á encontrarlo divinamente fraternal, en una eternidad extática. Se sacrificaba á él, se borraba del número de los vivos, porque no podía existir para él.

Era presa de una exaltación de amor que la conducía hasta el martirio. La Comunión la había lanzado en una crisis de dicha que habría asustado á sus compañeras si ella no hubiera sido tan dueña de sí misma. Entregándose al Salvador, le había parecido que estaba poseída por Clemente. El era su verdadero Dios. Y, en sus horas de lucidez, veíase obligada á confesarse que su conversión no era más que un expediente para acercarse moralmente al que amaba. ¡Oh, moralmente! Porque materialmente sabía que era imposible. Tenía el convencimiento de que ya no lo volvería á encontrar nunca. Y esta era su verdadera pena.

Habría deseado que asistiera á su toma de velo, habría deseado cambiar con él la última mirada que debía echar sobre la tierra antes de consagrarse al cielo. Habría sido para ella una profunda dulzura verle presente en el momento de su inmolación. Renunciaba á sí misma y se ofrecía en sacrificio, como un castigo de los giros demasiado profanos de su pensamiento. Estaba, pues, resuelta, no se arrepentía, sólo le faltaba la calma. Esperaba recobrarla pronto.

La mañana del día en que Nuño se presentó en casa de Pont-Croix, Ester había pasado dos horas en meditación en la capilla. Habló, durante algunos momentos, con el abate Pierquin, que había ido á pie con aquel tiempo horroroso, para asegurarse de que su presidenta no tenía la sombra de una vacilación, porque el venerable sacerdote estaba atormentado por sus escrúpulos. Encontró á la joven serena y sonriendo, y se separó de ella con el corazón fortalecido y aliviado. Ester, retirada en su celda, leía apaciblemente, cuando un golpecito dado en su puerta le hizo estremecerse, y vió entrar á la Superiora.

—Hija mía,—dijo ésta,—acaba de llegar su padre. Está en el locutorio, y solicita hablarle... Aunque no sea esta la hora á que ordinariamente se recibe las visitas, está usted en una situación tan particular, que me inclino á concederle todos los favores compatibles con la regla de nuestra casa... Baje usted al locutorio... Acuérdese de que es libre y que, hasta mañana, su voluntad no tiene ninguna traba.

Al pronunciar estas palabras, la Superiora tenía un aire de solemne gravedad. Ester la miró con inquietud. ¿Qué última prueba le había preparado su padre? Hizo un gesto de interrogación, y balbuceó:

—Madre ¿qué pasa?

La religiosa le puso su fría mano sobre la frente, y muy dulcemente:

—Vaya, hija mía, no tengo otra cosa que decirle.

Y desapareció en el oscuro corredor, donde se desvaneció su blanca silueta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ester bajó detrás de la madre lentamente, casi como con pena. Atravesó el ancho vestíbulo enrejado, en el que solas las novicias eran admitidas, y abriendo la puerta del locutorio, donde ya muchas veces había tenido que defenderse contra las súplicas de su padre, entró. Nuño estaba solo; se acercó á ella, la beso con ternura, y mirándola, como para leer en su rostro una resolución nueva:

—Y bien, hija mía, después de mi última visita, ¿has reflexionado?

—Papá,—dijo fríamente la joven,—me parece que no debíamos discutir ya este penoso asunto.

—¿Puedes impedirme esperar un cambio de tu corazón?

—Mi corazón no tiene que cambiar: es siempre el mismo para usted.

—Y sin embargo, ¿quieres abandonarme?

—De lejos, como de cerca, usted será mi único afecto.

—¿Unico?—preguntó Nuño con un acento tan lleno de amargura que Ester se estremeció.

Bajó los ojos y permaneció muda. No quería mentir. Pero la turbaba una emoción tan grande, que sus manos temblaban.

—Hija mía,—continuó Nuño,—sé sincera. Me pones en tal deseperación, que estoy pronto á hacer todas las concesiones, y todos los sacrificios... Lo que te rehusé hace tres meses, hoy, para no perderte, te lo concedería... Compréndeme bien... Mejor quiero que estés separada de mí, pero dichosa, que sepultada en un convento... La hora nos apremia... Habla al fin... Muestra el fondo de tu corazón... Sé que amas á alguien. .. ¿Es la pen de pensar que no podrás ser suya, la que te ha traído aquí?... Jamás te he preguntado esto, y, sin embargo, es preciso que te lo pregunte. Tengo miedo de que me contestes «¡sí!» y lo daría todo porque me contestaras «¡no!...» ¡Ah! Al ver lo que pasa en mí, mide la inmensidad de mi ternura... ¡En este instante te sacrifico todas mis repugnancias, todas mis hostilidades... las ideas de toda mi vida!... ¿Qué digo? ¿Todas las ideas de los míos! Y, sin embargo, pronuncia una palabra, y no vacilaré... ¡Oh, Ester mía!... ¡Aunque fuera un cristiano!... ¡Para asegurar tu dicha, te lo doy!... ¡Y ahora no te desdeñará, puesto que eres cristiana como él!... Al oir á su padre formular estas ofertas tan inesperadas, una ola de alegría había inundado el corazón de Ester.

En la noche de su pensamiento había lanzado claridades de una esperanza radiante. Su padre le permitía amar á Clemente.

¿Qué podía, pues impedirle ser dichosa? Estuvo á punto de exclamar: «¡Sí, amo, más que á la vida, á Clemente de Pont-Croix!» Las últimas palabras de Nuño la volvieron á sumir en las tinieblas de su desolación.

Era cristiana, pero seguía siendo hija de Selim. La religión no la separaba de aquél á quien amaba. Pero la fortuna, el inmenso montón de oro, producto de ruinas y de desastres, empapado en el llanto de las víctimas y acaso en la sangre de los desesperados, se alzaba infranqueable entre Ester y Clemente

Juzgó vana su esperanza, tuvo vergüenza de confesar que había podido esperar, y, con voz sorda, dijo:

—No me atormente usted más, papá; es inútil. Mi resolución está tomada. Nada la hará cambiar.

—¡Ester!

—No insista usted más, papá. Le hago sufrir á usted; voy á pedir perdón á Dios.

Un Cristo suspendido en la pared del locutorio alzábase en la cruz, retorciendo su cuerpo atormentado, y cubierto el rostro con las lágrimas de su agonía. Ester se dejó caer de rodillas á sus pies, y llorando también, en una agonía moral, imploró la piedad de la divina víctima. Estaba tan profundamente absorta, que no oyó á su padre alejarse, abrir la puerta que daba al despacho de la Superiora, y con una señal llamar á Pont-Croix. Al cabo de un instante se sintió calmada por el fervor de su súplica, y secándose los ojos se levantó.

Su primera mirada fué para buscar á su padre; no lo vió junto á ella. Pero á algunos pasos, en la puerta de la oscura pieza, una aparición, la del hombre á quien acababa de ofrecer tan desesperadamente su inmolación, le hizo estremecerse. En pie, mirándola con triste ternura, aquella era la forma humana de Clemente. Pero ¿podía ser él en realidad? ¿Por qué milagro habría sido conducido hasta ella?

Turbados los ojos, oprimido el corazón, como por el temor de una intervención divina, Ester alzó las manos, llena de espanto, rechazando con el gesto al que habría querido atraer con todas las

fuerzas de su ser. Pero él no desapareció ni se alejó; al contrario, se acercó, y, muy afectuosamente, dijo:

—Su padre me ha rogado, señorita, que le pregunte si lo que le ha negado usted á él, se dignaría concedérmelo á mí.

A estas palabras, Ester se estremeció dulcemente. Pero no quiso contestar. Todavía no creía en la realidad de lo que veía, de lo que oía. Penso: «Estoy soñando, todo va á disiparse á mi primer palabra.» Y habría dado su vida por prolongar el encanto.

—Al pensar—continuó Clemente—que yo podría tener sobre usted alguna influencia, que usted tendría gusto en satisfacerme, y que si yo la suplicase que no siguiera en esta piadosa casa, consentiría usted en salir, ¿se ha engañado su padre de usted?

Ester, espantada y embriagada, siguió callada; pero con la cabeza dijo: «No.»

—¿De modo que me hará usted la gracia de no persistir en sus ideas? Se lo agradezco.

Se acercó á Ester, y tanto, que ella sintió el ligero perfume de su ropa, y tembló de emoción porque ahora ya no dudaba de que fuera él, verdaderamente él, quien estaba á su lado y exigía cosas tan dulces. Entonces, con voz que ella no le conocía, su voz de amor que había encontrado tan pocas mujeres crueles, Clemente murmuró:

—¿Es verdad, Ester, que fué á causa mía por lo que entró usted en el convento?

Pareció á la joven que se le deshacía el corazón en el pecho; lágrimas, ¡oh, éstas deliciosas!, corrie-

ron por sus ojos, y de sus labios temblorosos dejó escapar esta confesión:

—¿No lo sabía usted?

—Sí, lo sabía,—dijo—y tengo necesidad de que me perdone usted por haberla dejado aquí tanto tiempo. Pero si usted consiente, daré para pagarlo toda mi vida.—E inclinándose gravemente:—Ester, el marqués de Pont-Croix no podía pretender la mano de la Srta. Nuño. Pero usted ha dado todo lo que poseía á los que no tienen nada, y está tan pobre como yo. ¿Quiere usted hacerme el gran honor de ser mi mujer?

Y le tendió la mano. La joven colocó tímidamente en ella la suya, y sucumbiendo al peso de su dicha inesperada, dejó caer la cabeza sobre el hombro de Clemente, y sollozó con delicia.

. . . . . .

A últimos de Abril, una templada mañana de primavera estaban parados delante de la verja de la Encomienda una veintena de ojeadores, cinco guardas y algunos ayudas de cámara, esperando el fin del almuerzo que reunía, en casa del marqués de Pont Croix, á una media docena de cazadores convidados para una batida de conejos. Un claro sol doraba los bosques verdeantes; las violetas y la verbena esmaltaban la hierba de los fosos; y el Marne, claro como una lámina de acero, corría, apacible, bajo los sauces. Hubo un movimiento entre la multitud de los que esperaban; acababa de abrirse la puerta de la casa, y Meta, loca de alegría, ladrando y dando vueltas, se lanzó, precediendo á los cazadores, en el jardín.

Eran éstos el Príncipe de Faucigni, Termont, La Brede, Tremblay, Burat y el guapo Gaston Francfort. Todos los familiares de la Chevrolière, menos Brucken y la señora del Peral. Los últimos, Nuño, dando el brazo á su hija, y, en fin, Clemente seguido de Celestino. Todos vestidos en traje de paseo, con zapatos y pequeñas polainas. Se adelantó Pont-Croix y llamó:

—¡Briffaut!

El antiguo cazador furtivo, promovido á guarda de la Encomienda, y llevando la librea de su amo, acudió con la gorra en la mano.

—¿Por dónde comenzamos?—preguntó el marqués.

—Sr. Clemente,—dijo el guarda,—mi opinión es que tomemos en seguida la Carbonera: el viento viene de Carnetin... Si hemos de tener probabilidades de tirar á los jabalíes que labran la llanura por las noches, ha de ser batiendo los espinos negros de la Balsa Grande. Se meten allí por la mañana para poder revolcarse á sus anchas á la caída de la tarde...

—¿Oyen ustedes, señores?—dijo Clemente.

—¿Cómo?—dijo Nuño.—¿Has tomado á este mozo á tu servicio?

—Es la sola manera que he encontrado de hacerle dejar la caza furtiva... Me ha hecho el sacrificio de su libertad.

—¿Y su camarada, ma ese Rabarrot... Rabarron?...

—¿Rabasson?... Ha dejado el país... Ahora trabaja por el lado de Melun...

—¡Dichosa preferencia!—dijo Burat.

—Ya lo notarán en Sivry y en Vaux...

—Pues bien, señores, partamos, si ustedes quieren. Hay un cuarto de hora de camino... Termont, ¿tiene usted un par de balas?

—Sí, querido amigo, Pero no creo en los jabalíes. Nunca que se les busca se les encuentra... Tengo más confianza en los conejos...

—Se ha hecho un ojeo en las Cincuenta Fanegas... Debe haber lo menos quinientos ó seiscientos conejos en el llano...

—Vamos á divertirnos... ¡En marcha!

Nuño, volviéndose á su hija, le dijo riendo:

—¿Es que nos acompañas, Ester?

—Ya sabe usted, papá, que voy siempre con Clemente...

—Acabarás por cazar.

—Si esto le agrada, acaso.

Nuño lanzó un suspiro, y, andando junto á su hija, la miró con satisfacción mezclada de envidia. Fresca, muy embellecida, fortalecida por la vida al aire libre, la joven Marquesa iba con paso firme por el camino.

No era ya la Ester de los últimos tiempos, preocupada, inquieta, desgraciada, había que confesarlo. Era una mujer segura del presente, segura del porvenir.

El banquero, sofocado, se apoyó en el brazo de su hija, y, después de un momento de meditación:

—¿De modo que no vais á ir nunca á París tu marido y tu?

—No sé. Ni el uno ni el otro tenemos ganas. ¡Estamos tan bien!

—¿No os aburrís?

—¿Nos queda tiempo para ello? Nos levantamos temprano y salimos antes de almorzar. Yo voy á Précigny á visitar mi asilo, y á hablar con el abate Pierquin...

Por el rostro de Nuño pasó una nube. Todavía no había perdonado al sacerdote.

—Por la tarde, Clemente caza, pesca ó pinta. Y yo no lo dejo... Por la noche caemos rendidos de sueño, después de comer, y nos cuesta trabajo llegar á las diez. Esta es nuestra existencia. ¿No está llena?

—Pero estáis muy estrechos en la Encomienda... Mira, Ester: de la fortuna de tu madre quedan millón y medio de francos, que están depositados en el Banco... Estoy seguro de que tu marido sigue echando de menos la Chevrolière... Yo te la daría... Pero ¿y si él no aceptara? Esto me contrariaría y te haría sufrir... ¿Quieres que te la venda? Alarga la mano: por tu millón y medio, la finca es tuya...

Ester palideció de placer. Miró á su padre con ojos radiantes de alegría, y dijo:

—¡Pero, papá, la Chevrolière vale más del doble!

—Eso es cuenta mía... ¿Chocas?

La joven no chocó. Le saltó al cuello delante de todos los ojeadores, con tal arranque, que á Nuño se le humedecieron los ojos.

—¡Ah, pequeña mía,—dijo:—me debes ahora una compensación!... Si quisieras ser un poco más indulgente con esa pobre Manuela...

Ester se puso seria, y repuso:

—Papá, había quedado convenido que no sería

nunca pronunciado entre nosotros el nombre de la Sra. del Peral...

—Ester... Te aseguro que merece algún reconocimiento... Me aconsejó bien...

—Lo sé... Por eso no hablaré á usted jamás de ella. Mediante esto, creo que ella y yo estaremos en paz

Nuño bajó los ojos y no insistió. Seguía amando á Manuela. Pero desde que su hija era Marquesa le imponía singularmente, y acaso no esperaba más que á tener nietos para arreglar sus cuentas de una manera definitiva. Pensaba con frecuencia que los hijos de Ester, si eran nobles como Pont Croix, serían ricos como Nuño. Y esto le hacía estremecerse de orgullo.

Se decía: «Cada uno encontrará cincuenta millones en su cuna. Y su padre, que es un hombre de corazón no les quitará que me amen. El mayor será conde, ¡de los buenos, no como yo! Y si hay una hija... ¡Esta será lo menos duquesa!

La columna se detuvo, y quedaron interrumpidos los sueños de Nuño. Estaba cerca de la Balsa-Grande; Briffaut y los guardas llevaban á los ojeadores por una trocha. Clemente colocó á los tiradores. Volvióse á su suegro, y le dijo:

—Aquí debe usted hacer los honores; estamos en su casa.

Selim y Ester cambiaron una mirada maliciosa. El banquero dijo:

—¡Bah! Obra como si fueses el dueño.

Los cazadores seguían silenciosamente la línea, deteniéndose cada uno en el puesto designado.

Al llegar al extremo, Clemente, acompañado de su mujer y de la perra negra y blanca, se apostó casi al borde del llano. Desde allí, por un claro hecho en los árboles del parque, veía la Chevrolière, con sus grandes techos y su torre. Sus ojos no podían separarse del castillo. Pero miraba sin cólera contra su actual poseedor. Habían desaparecido todos sus rencores. Nuño había llorado delante de él, se había mostrado bueno como hombre y tierno como padre. Ahora juzgaba mejor. Y además, profesaba á Ester profunda estimación y gran ternura.

Volvióse hacia ella, y la vió sentada en el césped del foso, acariciando á la perra tendida á sus pies.

—¿Miras la Chevrolière?—le dijo la joven.—Sé sincero, Clemente: ¿la sigues echando de menos?

—No echo nada de menos, querida, sobre todo cuando estoy á tu lado.

Ester movió la cabeza sonriendo.

—¡Oh! Ya sé que eres amable, galante y afectuoso á medida de mi deseo... Pero de todos modos, echas de menos la Chevrolière... ¿Puede ser más natural la cosa? Allí vivieron tus padres... Allí naciste tú... Clemente, ¿quieres la Chevrolière?

Pont-Croix palideció ligeramente, y á media voz:

—Ester, no bromees sobre semejante asunto. Me haces sufrir.

Ella se levantó vivamente, le cogió la mano, y mirándolo con profundo cariño:

—Dí una palabra, Clemente, y la Chevrolière es nuestra. Me quedaba una gran suma, por la cual papá me ha ofrecido, hace un momento, cederme tu dominio... ¿Me permites que ratifique el trato?

Pont-Croix no contestó al pronto. Sus ojos, fijos en Ester, se humedecían, y sus labios temblaban. Se dominó, y dijo:

—¿Es una generosidad de tu padre? ¡Vamos! Puesto que está escrito que te lo he de deber todo, hija mía, aceptemos. ¡El orgullo sienta bien á los pobres? pero, lo mismo que de todas las cosas buenas, no conviene abusar de él!

Ester le sonrió, y radiante de alegría, como, si fuera su marido quien le concediera un favor, dijo:

—¡Oh Clemente, qué bueno eres!

Estaban solos en aquel rincón del bosque y sobre aquella tierra de la Chevrolière, vuelta á ser suya, le apareció á Pont-Croix que la brisa murmuraba: «He aquí nuestro dueño»; que se ensanchaba el camino para darle paso; que se inclinaban los árboles para saludarlos. Y, al pensar en todo lo que Ester había hecho para darle aquella dicha, la atrajo á sí, y en un beso le murmuró: «¡Gracias!»

A lo lejos sonaban las trompas de los guardas, anunciando la marcha hacia adelante de los ojeadores. Vagos ruidos, carreras precipitadas, paradas bruscas, rozamientos misteriosos, animaban las profundidades de la espesura. Estallaron detonaciones, raras al principio, luego á todo lo largo de la línea. Poco á poco, desarrollándose por encima del tiroteo, subieron nubes azules y se fundieron en el azul del cielo: incienso quemado por fervientes discípulos en honor de Nemrod.

FIN